



© F. Moreno

Manuel Ortuño / *Presidente de la Asociación de Revistas Culturales de España (ARCE)*

Manuel Ortuño es, además, editor y miembro de la Junta Directiva de CEDRO

Las revistas culturales: el privilegio de la diferencia

Quizá la primera característica de las revistas de pensamiento y cultura sea estar preguntándose constantemente sobre sí mismas, sobre su función, su viabilidad, sobre la necesidad de su existencia como género, por decirlo así: sobre su especificidad y su diferencia. Esta continua autorreflexión implica estar atentos a los cambios que se van produciendo en los estados de ánimo y de opinión y en los medios de producción cultural. Las revistas culturales no han sido, ni son, un buen negocio. Quiero decir que los editores que las publican no se guían precisamente por la lógica del máximo beneficio. Hay un plus intangible, que es en realidad su razón última: vocación de crear, de discutir y reflexionar sobre las preguntas que el mundo de la cultura se está haciendo o se debería hacer. De intervenir en el debate cultural, y casi siempre suscitarlo.

Por sus características genéricas, este tipo de publicaciones son un espacio de reflexión y análisis. Permite una comunicación de media distancia, ni tan breve y rápida como la que ofrecen los diarios, ni tan larga y pausada como la que permiten los libros. Los textos que aparecen en ellas no tienen vocación de exhaustividad, pero sí permiten avanzar análisis críticos e hipótesis creativas que van más allá de la mera información y hasta de la valoración de opinión. Su periodicidad condiciona también el ritmo de su pensamiento, la selección de los temas y su relación con la actualidad. Sin la presión de la noticia se pueden permitir la reflexión sobre ella. Pero aunque no estén pegadas a la actualidad más inmediata, tampoco pueden dejar de acompañarla, de manera que ven más los procesos que las noticias. Procesos que se nos podrían escapar, que sin duda se nos escaparían y, sin embargo, son los que hacen la Historia en un sentido vivo, en el sentido que nos interesa, porque nos permite intervenir en ella, es decir, cambiarla. Y no se trata de simple voluntarismo. La Historia sigue y cambia, con nuestra participación o sin ella, pero la no intervención, la inconsciencia y la falta de análisis crítico y de acción, serían también elementos de cambio. Es decir, la Historia cambiaría en cualquier caso, pero sin nosotros a peor.

Este análisis de los procesos, de los que las noticias son indicios, necesita de una cierta

perspectiva, justo la que propician las revistas de pensamiento y cultura. Porque los libros «verdaderos» son otra cosa. Son intemporales en el sentido de que, aunque no puedan sustraerse a su tiempo, sí tienen una validez y un ritmo de lectura que no se sujeta a la coyuntura, que los sostiene desde sí mismos. Y que, aunque pueden ser «superados», y de eso se trata, por otros nuevos, contienen siempre datos y señales que les permiten ser útiles, importantes, seguir produciendo placer y estímulo al lector.

La situación de equidistancia entre periódicos y libros es uno de los primeros referentes que funda la necesidad de estas revistas. Hay un espacio que es necesario llenar, y son las revistas de pensamiento y cultura las que lo hacen. Desde ese espacio peculiar y raro, la intervención de críticos, creadores y pensadores, es decir, la intervención del pensamiento en el sentido más amplio sobre la vida cultural, vale decir, sobre la vida social, está servida.

La relación entre los tres niveles de papel editado —libro, revista cultural, diario— no es mecánica ni se mantiene fija. Los periódicos, desde el siglo XIX, han intentado acompañar a la industria editorial y a los hechos culturales con una mirada crítica. Han creado suplementos y han generado la figura del crítico. Literatura, arte, cine, teatro o música se han visto observados de manera privilegiada por la crítica, desde la supuesta objetividad de los diarios o desde la posición, en todos los sentidos, de sus cabezas. Y han producido

suplementos culturales especializados que han servido de trampolín de hechos y políticas culturales y editoriales.

Las revistas, en cambio, han sido históricamente elementos de intervención. Espacios de pensamiento ético y estético desde los que se proponían posiciones contracorriente. Sectarias muchas veces, casi siempre, estas revistas aglutinaban y difundían puntos de vista activos respecto al mundo y respecto a las artes, y los grupos que las hacían, poetas, críticos, artis-

tas... eran conscientes de que se pertenecían y de que su papel como vanguardia consistía en lograr nuevas miradas, estéticas nuevas, éticas nuevas. Ningún movimiento de los que caracterizaron el siglo XX dejó de tener una publicación periódica que lo aglutinase y en el que, finalmente, cristalizaba. Y algo de eso sigue habiendo, pese a la supuesta desideologización y el predominio de la lógica del mercado que se ha dado en las dos últimas décadas. De alguna manera, también las revistas culturales han sido una alternativa al «pensamiento único». De heroicas, resistentes, combatientes han sido calificadas muchas veces; y eso, que podría ser una muestra de autocomplacencia, no lo es. Es más autodefensa, autodefinición y una cierta manera de reforzar su proyecto.

Si el medio plazo es una característica diferencial de estas revistas, ahora se confrontan con la frecuencia semanal de los suplementos culturales y su voluntad de intervención y captación de mercado. Situados en unos plazos que se pretenden también medios, los suplementos intentan ocupar el lugar de las revistas, pero tampoco las alcanzan. Su lucha por la actualidad les obliga a trabajar sobre supuestos, cada vez más dependientes de los gabinetes de prensa de las empresas culturales, y

por ello mismo a adaptar su propio funcionamiento. De manera que la valoración de hechos y textos es, casi siempre, previa a su existencia. Presupuesta. Es obvio que esta organización rigurosamente vertical, que propone la nota crítica sobre pruebas o ensayos, valorada por su tamaño y por su situación en las páginas, es un riesgo no solo para el papel e independencia del crítico, sino para la credibilidad del propio medio, que puede ser cada vez más dependiente de las inercias creadas por los

aparatos publicitarios y comunicativos de los grandes grupos, incluyendo —algunas veces— el suyo propio.

Pero con el libro también hay confluencias nuevas. Asistimos cada vez más a la invasión del mercado de libros tan coyunturales como lo pueda ser un diario, tan de usar y tirar como los propios diarios. Libros de encargo sobre situaciones candentes, es decir, sin reposar, que acompañan el estado de ánimo y los hechos casi en el momento de ocurrir, y que desaparecen de las estanterías tan pronto pasa la fiebre... Escándalos, catástrofes, asuntos del corazón, cotilleos y confesiones, todo merece un libro. Los libros-basura, o tratados como tales,

que invaden el mercado y se convierten en la ley que regirá a todos los demás. El libro «verdadero», por su parte, se alegrará si consigue estar tres meses en las librerías.

A medio camino, las revistas de pensamiento y cultura tienen vocación de permanencia, de ser consultadas y releídas. Repensadas. Y sin bien van siguiendo los hechos y los procesos, van completándose y convirtiéndose en referencias, número tras número.

Las revistas de pensamiento y cultura tomamos la decisión, hace ya cerca de 25 años, de ordenar y articular un espacio de encuentro, la Asociación de Revistas Culturales de España (ARCE), que nos permitiese poner en común las experiencias que cada revista vive, compartir los problemas e imaginar soluciones, con la mirada puesta en el entendimiento de las diferencias y en el fortalecimiento de lo común.

Porque la cultura es el ámbito privilegiado de creación, de difusión y propagación de ideas, valores y perspectivas vitales. Por eso, la tarea de las revistas culturales resulta imprescindible en su compromiso con los procesos de creación cultural e intelectual cimentados en el pasado para volcarse al futuro. En eso estamos.

«Por sus características genéricas, este tipo de publicaciones son un espacio de reflexión y análisis. Permite una comunicación de media distancia, ni tan breve y rápida como la que ofrecen los diarios, ni tan larga y pausada como la que permiten los libros.»

«... las revistas de pensamiento y cultura tienen vocación de permanencia, de ser consultadas y releídas. Repensadas.»